

LA GAITA.

SEMANARIO SATIRICO-JOCOSO DE LITERATURA.



En Valencia 3 rs. al mes.

NÚM. 3.—DOMINGO 29 DE ABRIL DE 1849.

En provincias 4 rs. al mes.

EL LUGAREÑO EN VALENCIA.

Novela original.

I.

En una de las mas hermosas tardes del mes de Mayo de 1844, atravesaba por la calle de San Vicente en direccion á la plaza de Cajeros, un hombre alto y seco cabalgando en el esqueleto de un caballo. La curiosidad que manifestaba, contemplando con la boca abierta y admirando los edificios, tiendas, carruages, gentes

y cuanto encontraba al paso, unido á la figura rarísima con que le habia dotado la naturaleza, llamaron en breve la atencion de los transeuntes, que silbaban y dirigian las pullas mas insultantes á nuestro viagero.

Impávido marchaba el héroe, sin cuidarse de la rechifla con que tan honrosamente le recibia la ciudad del Cid, hasta que un muchacho le disparó tan tremendo tomatazo á quema ropa, que le hizo volver el rostro á la parte opuesta. Arrebatado por la cólera, echó pie á tierra, y se dirigió con los puños cerrados hácia el punto desde el cual debió partir el tiro, con ánimo resuelto de castigar la ofensa que tan públicamente acababa de recibir; pero fue vana su diligencia, pues el muchacho ya habia desaparecido.

Un grupo, compuesto de varios hombres con mantas y chambergos, situado á

algunos pasos del parage donde se hallaba el chico, tan luego como vió que se acercaba, le dirigieron algunas palabras afectuosas con el fin de atraerlo hácia ellos; y no bien lo hubieron logrado, cuando formando corro, y dejándolo en su centro, empezaron á arrojárselo unos á otros del mismo modo que si fuera una pelota.

Estupefacto y lleno de pavor, observaba el paciente, con ademán suplicante, á las personas que le rodeaban, por ver si alguna de ellas se compadecía de él; mas éstas, sin duda temerosas de que se les concluyese la distraccion, en vez de compadecerlo, se reian estrepitosamente del interesante espectáculo que les ofrecia.

Prolongóse algunos minutos mas esta escena, y conociendo el pobre viagero el peligro que corria de que no cesase, y no pudiendo resistir ya mas tiempo la lluvia de empujones y puñetazos que, cual si fuere un yunque, descargaban sobre sus magulladas costillas, se volvió un poco y le dió una bofetada tan horrosa al que tenia á su lado, que le hizo perder el equilibrio, dando con su cuerpo en tierra. Entonces el que se hallaba situado á sus espaldas, viendo caer á un compañero se arrojó furioso contra nuestro héroe, dándole un puñetazo tan terrible en el sombrero, que se lo caló hasta el cuello.

Mientras el desventurado forcegeaba con ambas manos para sacárselo, sin poderlo conseguir, el contrincante que tuvo la desgracia de caer, y que ya estaba levantado, aprovechando el estado inofensivo en que se encontraba su antagonista, le metió la cabeza entre las piernas y lo tiró al suelo. Un grito exhalado por cien bocas, diciendo: «manta encima» se dejó oír entonces; y cual si fuese una bandada de carnívoros cuervos contra un boricó muerto, así se arrojaron sobre el infeliz viagero. El bullicio, que cada vez iba en aumento, unido á la compasion de una muger que avisó á la policía, hizo que ésta se presentase en aquel trágico lugar, y observando el desórden y la bulla que allí reinaban, sin reparar en pelillos,

empezó á repartir sendos sablazos á derecha é izquierda, logrando de este modo disolver aquel grupo tan compacto.

En un momento desaparecieron como por encanto todos los espectadores, dejando solo al viagero, que probablemente aun continuaria tendido, si el cabo de los salvaguardias no lo hubiera levantado animándolo al mismo tiempo con palabras cariñosas, mientras un miembro de la escolta le estrae el sombrero.

Apenas el desdichado se vió libre de aquella batalla, cuando dando libre expansion á su oprimido pecho, vertió copiosísimas lágrimas á la memoria de su abuela, que cien veces le habia aconsejado en su infancia el que no fuese jamás solo á Valencia, porque era muy espuesto. Las palabras verdaderamente afectuosas del cabo, pudieron consolar algun tanto á aquel infeliz de sus tristes recuerdos y penosos trabajos.

Tan luego como le vieron ya tranquilo, le preguntaron que á dónde se dirigia; y contestando que á la primera posada que se encontrase marcharon en direccion á la de «Teruel;» mas no bien hubieron dado algunos pasos, cuando recordó el viagero su caballo, y suplicó encarecidamente á los que le acompañaban le ayudaran á buscarlo. Despues de andar un buen rato tras él, lograron, por fin, hallarlo escondido en una puerta, donde sin duda lo habia dejado algun prógimo, con la sana intencion de preservarlo de deseos. Continuaron su camino hasta llegar á la posada, donde despues de dar las mas espresivas gracias al cabo y demás individuos, despidiéndose de ellos metió el caballo en la cuadra, y se dirigió al cuarto del mozo, pidiéndole lo encaminase donde pudiera descansar. Tomó este último una llave, y subiendo la escalera que conduce á los corredores, le insinuó un cuarto marcado con el número 8, donde lo dejaremos hasta otro dia.

[Se continuará.]

El Lego.



LETRILLA.

*Personas que hacen el mico,
Personas que hacen el tonto
Y otras.... que hacen el borrico.*

El enamorado tierno
Que por liviana hermosura
Pasa todito el invierno
En la calle.... de amargura,
Enfriándose el hocico,
hace el mico.

El picaresco estudiante,
Que al preguntarle el maestro,
De ello está tan ignorante
Como en travesuras diestro,
Y no le contesta pronto,
Hace el tonto.

El que en una reunion
(Su facilidad no envidia)
Quiere echarla de bufon
Y hace llorar.... de fastidio,
Es, favor haciendo al chico,
Un borrico.

El que sin tener un cuarto
Dice que caudales cobra
Y que está de todo harto
Porque ya todo le sobra,
Cuando apenas come el chico,
Hace el mico.

El padre que al novio aspira
Que tiene su hija adorada
Y observa que el novio mira
Si la chica está.... delgada
Y calla; según confronto,
hace el tonto.

Quien pasa la pena negra
Y derrocha sin temor
En padre, tías y suegra,
Por complacer á su amor,
Que le tiene por un mico,
Es borrico.

El militar delicado
Que cuando el fuego le llama
Está sudando.... en la cama,
Porque se halla costipado,

Y presenta un certificado,
Hace el mico.

El esposo algo truhan
Que haciendo á su honor un robo
Suele decir: «dame pan
Y luego llámame bobo,
Que á callar siempre estoy pronto:»
Hace el tonto.

El que le escribe á su amante
Y le encaja así de pronto:
Soy guapo, visto elegante;
Además, señora.... montó,
Sin olvidar que soy rico:
Es borrico.

El que se escucha á sí altivo
Dándose estremado tono
Sin que haya justo motivo,
¿Qué diremos que es? un mono.
Pues si es mono, como indico,
Hace el mico.

El reo que con valor
Se dice ante un juez severo:
«¿Quién? ¿yo declarar? primero
Ser mártir que confesor:»
Y lo ignora todo, al pronto
Hace el tonto.

El que por nombre se afana
Y da á entender desde luego,
Sin ir vestido de lana,
Que es propiamente un borrego,
Por no decir un borrico,
Hace el mico.

El actor poco entendido
Que al menearle sus gracias,
Creyendo que es aplaudido
Se inclina dando las gracias,
Es (y su nombre le aplico)
Un borrico.

El marido que presenta
A su muger un buen mozo,
Y así la tiene contenta
Y la llena de alborozo
Con un bocado tan rico,
Hace el mico.

Pero el otro *ganapan*
Que para su conveniencia
Demuestra que es.... *un buen Juan*
Y tiene mucha paciencia
Y á percibir está pronto,
Hace el tonto.

El escritor que no amansa
La ansia de escribir, inmensa,
Y muchas veces no piensa
Que en vez de dar gusto, cansa
O hace el mico ó el borrico,
O si no enmudece al pronto,
Hace el tonto.

El Sacristan.

AVENTURA DE UNA SEÑORITA FLACA.



El día de San Vicente por la tarde me hallaba con otros amigos en la barraca de Pascual Canelles, gozando los placeres de la campiña, admirando las bellezas de la naturaleza que me inspiraba las mas dulces y melancólicas ideas á que me entregaba con entusiasmo; los árboles en florecencia, las plantas, el azahar y la rosa, que embalsamaban el ambiente con la esencia de sus perfumes; el gilguero y otros pajarillos, que saltando de rama en rama y revoloteando en derredor, llenaban el aire con sus armoniosos trinos, el canto sencillo y apasionado de las lindas labradoras, que acompañaban á sus amantes al baile que se celebraba en una barraca inmediata; la música del país ejecutada por hábiles manos; el repiqueo de las castañuelas, el bullicio y algazara de estos honrados campesinos; todo, en fin, cuanto veía y pasaba cerca de mí, llenaba mi alma de gratas y tiernas sensaciones que hacian latir mi corazón.

Hubiera continuado en mi delicioso éxtasis, á no haber sido llamado por mis compañeros, que deseaban les acompañase en sus diversiones y obsequiase algunas familias de Valencia que acababan de llegar á la barraca. Entre las personas

de ambos sexos que formaban la reunion, habia una señorita muy linda, de semblante alegre y picaresco; pero tan delgadita que propiamente parecia una muñeca de la calle de Calabazas, ó de la de Zaragoza.

Concluida la merienda, que nada dejó que desear, y en que cada uno hizo alarde de su buen humor, nos entregamos á los juegos mas bulliciosos y expansivos.

Tomo mi *cometa*, empiezo á elevarla, y la señorita de que llevo hecho mencion, traviesa como ella misma, coge la cola, y creí que iba á hacérmela añicos, cuando una ráfaga de viento obliga á la *cometa* á elevarse con una rapidéz asombrosa: y al querer desprenderse de la cola, ésta se habia enroscado en su cintura, y como por encanto se vió arrastrada y elevada por los aires. Hallábase á corta distancia de la tierra, cuando soplando el viento con mas violencia, y penetrando en la concavidad que el miniñaque hacia formar á su vestido, á estilo de paraguas, la elevó rápidamente á las regiones atmosféricas, sin ser suficientes nuestras fuerzas para evitarlo. Lloraba, gritaba y pedia socorro.... Los que presenciaban esta escena, unos gritaban, otros lloraban: algunos que seguramente tenian el *órgano de la chistosidad muy desarrollado* daban sin querer estrepitosas carcajadas. Todo era confusion y desórden. El viento, que se propuso divertirse aquella tarde á costa de la muchacha y de su desventurada familia, no aflojó en la maldita broma que emprendiera bajo tan felices auspicios. Y como la fuerza centrífuga de la *cometa* y su *satélite* era estraordinariamente superior á la fuerza centrípeta del hilo que yo sostenia (aflojando siempre, sopena de ser arrastrado á lo alto como ellas) se rompe éste.... y libres de la resistencia que les oponia mi mano, se elevan y desaparecen con la velocidad del pensamiento.

Aturdidos, y poseidos de una angustia mortal, echamos á correr en la direccion del viento, persuadidos de encontrarla hecha tortilla en algun campo.

Mirábamos al cielo con una inquietud aterradora, pero no descubrimos indicio alguno de su paradero. Saca uno su anteojó, mira con atención y descubre lejos, muy lejos, un objeto casi imperceptible que aumentaba de volúmen á medida que se aproximaba á la tierra. ¡Ya la veo! ¡ya la veo! esclama. — Por Dios, no nos engañe, caballero: dice la madre sin poder apenas respirar. — No la engaño, señora: tomé usted el anteojó. ¿Ve usted aquella morera de allá en frente? — Sí. — Pues por allá; pero muy alto.... á las estrellas.... ¿La ve ya? — Aun no. — Mas á la derecha: ahora está bien. — ¡Sí, sí, ya la veo! ¡ay, hija mia! Corran, amigos, corran: vean ustedes si pueden cogerla antes que llegue á tierra, sino se hace mil pedazos.... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Al oír las exclamaciones y lamentos de la desconsolada madre, tomamos la dirección que nos indicaron; á poco rato la vista se fija en un punto de la atmósfera.... ¡era ella! que bajaba magestuosamente en alas del viento.... Difícil sería explicar la alegría que se pintó en los semblantes, á la par que el horror que inspiraba su pronta y desastrosa caída. Aceleramos el paso; pero ella llegó antes que nosotros.... Quiso la suerte que cayera en un pajar, donde la encontramos desmayada; mas sin lesión alguna. El frío le habia congelado los miembros; y á no ser por unos pantalones de punto que llevaba (precaucion necesaria en las mugeres) y la reservaron del intenso frío atmosférico, hubiera muerto á su rigor. La tomamos en brazos, llevándola á su madre que, loca de alegría, lloraba y reía aun tiempo; la llenaba de besos, la estrechaba contra su corazón y parecia quererla reanimar con sus caricias. Llegados á la barraca, se la suministraron todos los remedios que conceptuamos oportunos, y á su eficacia se debió su salvacion. Abrió los ojos, miró á todas partes despayorida: ¿Dónde estoy? esclama. — En los brazos de tu madre que te creía perdida para siempre.... pero no volarás otra vez, porque no te dejaré salir de casa sin coserte antes al vestido dos ó tres arrobas de plomo, ó atarte á

mi brazo, para que ese pícaro viento no tenga ya mas el gusto de robarte.... Como ya anohecia, tomaron el camino de Valencia, quedando nosotros haciendo reflexiones sobre tan inaudita aventura: y yo, amante de la humanidad, y sobre todo del bello sexo, hago público este suceso para que las señoritas delgadas no se espongan en dias de viento, saliendo por esos mundos de Dios sin haber tomado antes todas las precauciones necesarias para evitar una catástrofe semejante.

Cheronio.



LAMENTOS DE LA TIA PEPA.

De un cuartucho en un rincon
Húmedo, augosto y umbrío,
Aun mas infernal que el mio;
Verdadera habitacion
Del hambre, miseria y frío;

Con cara poco festiva
La tia Pepa esta en su asiento,
Al parecer, pensativa,
Tanto que nadie la priva
De que exhale algun lamento.

Su cilíndrica cabeza
Está con gusto adornada,
Con garbo, delicadeza,
Donosura, gentileza,
En fin, no le falta nada.

Su coronilla se apaña
Como un ramito de flores,
Lleva una linda castaña
De su moño de espadaña,

Al menos de tres colores.
Los ojos de esta infeliz,
Aunque abundantes de *uncion*,
No carecen de espresion,
Y la barba y la nariz
Están en conversacion.

En su linda espalda ostenta
Corcoba descomunal,
Que la arrastra años ochenta
Muy placentera y contenta,
A manera de morral.

Esta muger que idolatro,
Esta jóven lisonjera,
Esta mona de teatro,
Formando un número cuatro,
Esclama de esta manera:

«¡Cuán infeliz he nacido!
¡Cuán misera y desgraciada!
Mi bisnieta ya es casada,
Y aun no tengo yo marido!

Por el mundo se ven hoy
Casadas de quince, á miles;
Y yo con ochenta Abriles
¡Gran Dios! aun doncella soy!

Chicas de á doce he mirado
Y de á trece estropeadas;
Las canas que Dios me ha dado
Aun no están manoseadas.

Cierto es que soy algo vieja,
Lo quiere así el hado adverso,
Mas mi cútis está terso
Y mi cara no es maleja.

Es cierto que cumplí ochenta,
Que el tiempo no me olvidó,
Pero Sara á los noventa
Un Isac al mundo dió.

¿Qué delito he cometido?
Respóndeme, justo cielo,
Por qué quieres que en el suelo
Sin sombra esté de marido?

Si la ley es observada
Por el subdito y el rey,
¿Por qué no manda la ley
Que yo ya sea casada?

Mi interesante figura,
Mi moño tan zalamero,
¿Se ha de ir á la sepultura
Enterito y verdadero?

¿Es posible, Dios eterno,
Que esté yo siempre en la tierra,
Ardiendo como el infierno
Y con la fortuna en guerra?

¿De qué me sirve llevar
Color de rosa y madroño?
¿Para qué me sirve el.... moño
Si á nadie puede enganchar?

Por mas que yo á la ventana
Me ponga, gima y suspire,
A ninguno le da gana....

Ni consigo que me mire.
Soy desgraciada, señor,
Y nací para gemir,
Pero mi mayor dolor,
Es saber que he de morir.

Esto de estar yo soltera
Es del cielo nna perfidia,
Así es que muero de envidia
Al ver casada á cualquiera.

Si no me caso me mato,
Vivir así ya no quiero,
Un sepulcro! ay Dios! prefiero
A vivir en celibato."

La pobre así se esclamaba
Y gemía con dolor,
Y las canas se arrancaba
Con despecho y con rencor.

Fray Engracio.

AL MEU AMIC EL LLEC.

Lo que pasa en este mon,
Mos dies, Llec, latre dia,
Que te causa aburrimient,
Y que la bilis te irrita.
Y per sèrt que vas fundat,
Qu'es el mon una mentira,
Aon reina sols el engañ,
La falsetat y perfidia.

Vorás un hòme que amic
Se te presenta á la vista
Molt carinós, mol amable,
En paraules d'ambrosia
Et manifesta confiansa
Per saber la teua vida:
Y luego traidor te engaña
En la machor felonía;
Te murmura en totes parts,
Els teus secrets els publica,
Y diu mes de lo que sap,
Aumentanlos en malisia.
Al vore, Llec, estes còses
¿Qui es l'hòme que no s'irrita?

Veus un pòbre chornaler
Que treballa nit y dia
Per guañar un tròs de pa
Pa alimentar la familia,
Que no chua, que no beu,
Y de lo presis se priva,

Menchant el pòbre no mes
 Alguna rasió mesquina
 De criadilles en suc
 En abaecho ó toñina,
 Un tròs de pa dur y negre
 Y alguna mala sardina;
 Un plat d'arròs ó de sopa
 Que al vorel dona agonía;
 Entre tant que sa muller
 Se nos va á l'aiguaderia,
 Y allí, en gran satisfacció,
 S'encaixa bona pastilla
 Del delisiós chocolate
 En pa d'aigua ó en rosquilla,
 Son gòt d'orchata ó sibá
 Que el esperit reanima:
 Y esta costum la *siñora*
 No descuida ningun dia....
 Luego arregla ses chuaes
 Que pòsa á la loteria,
 Gastantse d'esta manera
 El chornal de tot un dia,
 Mes que sapia qu'el seu hòme
 Y els chiquets la panxa huida
 Tinguen tota la semana....
 ¡Y empenats en la botiga!
 ¿Que te pareix, *Llec*, d'asó?
 ¿Al voreu, qui no s'irrita?
 Que passant per un carrer
 A la porta d'una *ermita* (1),
 Tres ó quatre que ya el ví
 Es fa térbola la vista,
 T'insulten en molt descaro
 Si pòrtes capa ó levita,
 ¿Y te traguen la navaisa
 Y vullgen ferte la nina?
 Al vore, *Llec*, estes còses
 ¿Qui es l'hòme que no s'irrita?
 Que aquella reveneora
 Qu'en los compraors trafica,
 En llòc de posar setse onses
 Dotse en la lliubra t'en fica,
 ¿Y en cara te fa el ganchet
 Y un atre pòc embolica?
 Al vore estes *picardies*
 ¿Qui es aquell que no s'irrita?
 ¿Que una ofisiala de sastre
 Que guaña sis cuens al dia,
 La veches sempre molt maja,
 Que calse sabata fina,
 Pòrte manteleta ó chal,
 Mocaors de cachemira:
 Se pòse mil perinfollos
 Y vestits de musolina,
 De percal ó de merino,
 Com si fora una rentista
 Que te els duros á cabasos
 Ó li brote alguna mina?
 Si estes còses m'explicares
 Molt yo, *Llec*, ho agraria.
 Que al mercat en sa sistella

(1) Taberna.

Vacha una guapa fadrina,
 Y al costat duga algun novio
 Que dos hòres la entretinga
 En dolsa conversasió,
 Y al seu deure no acudixca,
 Embobá en los seus amors
 Que la tenen molt mohina;
 Qu'en tal falta no contenta
 Atra machor añaixca
 Regalanli lo millor,
 Y als seus amos fasa sisa....
 Al vore, *Llec*, estes còses
 ¿Qui es l'hòme que no s'irrita?
 Que.... pero hui no es parle mes,
 Deixemo pa un atre dia,
 Que pera tots na de haber,
 Y no pòt quedar aixina.

Cheròni.

REVOLUCION, BURDEL, TRISCA, BARAUNDA.



Un asunto de importancia me obligó el otro dia á llamar á mi celda á todos los componentes de la redaccion. Vinieron, en efecto; el lego se sento encima de mi breviario, yo en la única silla, *Cheròni* echó la manta en tierra, sentóse sobre ella recogíendose los zaragüelles por bajo del muslo, el Gaitero en un rincon y el Sacristan en la puerta. Ya que estuvieron cada uno en su asiento, les dirigí la palabra del modo siguiente: hijos mios, viendo las muchas necesidades en que nos encontramos, viendo la miseria que nos rodea y acosa, considerando la penuria que sobre nosotros pesa, he determinado que cada uno de vosotros deposite en mi bolsillo una cantidad de dinero que voy á señalar por via de contribucion, empréstito, ó como querais entender... ¡No, no! gritaron todos á la vez; no hay dinero, no se dá nada. — Pues hijos, les contesté, el que no haga lo dicho, bajo pena de santa obediencia, le escomulgo. — ¡Muera Fray Engracio! gritaron todos á la vez, y le-

vantándose de repente el Lego agarró el breviario que le servia de asiento, *Che-ronio* cogió una escoba, el Sacristan una cuerda, y todos armados de este modo vinieron hacia mí de tropel, gritando frenéticos: ¡muera, muera este pícaro! Al verme acosado tan bruscamente, levantéme de la silla, subíme encima, saqué de la manga un canuto de caña en donde llevo el moscardon, abríle la puerta, comenzó á dar picotacos á toda la chusma insubordinada, y con mi cordon y su ayuda pude hacer huir á aquella caterva y librarme de una muerte segura.

Fray Engracio.



LA CABEZA DE NAPOLEON (1).

¡Oh miserable guerrero!
 ¡Qué crueldad! ¡qué vileza!
 Que hoy á tu pobre cabeza
 La lleven al retortero!....
 Lidiador, ¡quién te digera!....
 ¡Quién te hiciera ver á tí,
 Que de pelota sirviera
 Para Freán y Cubí!
 Al que venció cien naciones
 ¿Quién le habia de anunciar
 Que se habia de llevar
 Su cabeza á trompicones?
 Vivo fuiste perseguido,
 Y siempre lidiaste audáz,
 Y hoy á polvo reducido
 Aun' no te dejan en paz.
 Te sucede, lidiador,
 Cual á la piel del jumento,
 Viva todo fué tormento,
 Muerta pasó á ser tambor:
 ¡Hombre del siglo infelice!
 Tu cabeza se disfama,
 Pues uno *imbécil* te llama,
 Y el otro *grande* te dice.
 Tal vez allá en el infierno
 Cansado el diablo estará,
 Cuando aquí la llevan ya
 A puntapiés como un cuerno.
 Los gabachos ¿qué dirán
 Al ver su cabeza así,
 Que si la deja Cubí
 La coge al punto Freán?
 Dejadla ya, campeones,

No mas juegos, criaturas,
 Que está llena de chichones,
 Heridas y abolladuras.

Pues ¿qué no os llena de pena
 El tener en vuestras manos
 La *tet* llena de gusanos
 Del que murió en Santa Elena?

¡Freán, sé mas compasivo,
 Ten, por Dios, mas compasion
 Del miserable *melon*
 De un hombre que fué cautivo!

Y tú, Cubí colosal,
 Depon, depon tu braveza,
 Y no arroges la cabeza
 Que ha sido un dia imperial!

¡Tened ambos mas clemencia,
 Desde mi celda os lo mando,
 No la lleveis arrastrando
 Mas tiempo ya por Valencia!

El eco horrendo aun retumba
 Del hombre escelso en la lid,
 Y su cabeza es la zumba
 Hoy de la ciudad del Cid.

Hombres, seais mas cristianos;
 De tocarla noche y dia
 Tendreis ya sucias las manos
 Y llenas de.... porquería.

¿Qué diablos teneis, decid,
 Que echais la *tet* imperial
 Desde la *Fonda del Cid*
 Hasta cerca el Hospital?

¡Yo os juro....! pero si os viera
 El que está en huesa profunda,
 Os regalara una *tunda*
 Por tocar su calavera.

Y tú, célebre guerrero,
 ¿En dónde está tu fiera?
 ¿Por qué va así tu cabeza
 Y tu proverbial sombrero?

La hebra de tu estambre rota,
 Y tú en los paises bajos,
 Es tu cabeza pelota
 Como si fuera de ajos.

Si de la tumba salieras
 Y á Cubí y Freán miraras,
 Y tu calavera vieras,
 Seguro estoy que esclamaras:

«¡Voto á la frenología!
 Voto á Gall, Spurzheim,
 Y á cualquiera malandrín
 Que así á la cabeza mia
 La atormenta noche y dia
 Con furia y con frenesí,
 Al que agarre por aquí
 Le endiño un tan-taran-tán,
 Coso la boca á Freán,
 Y se la tapo á Cubí.»

Fray Engracio.

NOTA. Los señores suscritores que gusten suscribirse á la interesante novela *RAQUEL*, de D. Joaquín Pardo de la Casta, podrán quedarse con el tomo que acompaña á este número, satisfaciendo su importe. Nos abstemos de tributar ningún elogio, pues su mérito literario ya es bien conocido del público.

(1) Un ESCELSO AMIGO Y ENEMIGO desea hablemos de Frenología; no nos es ya posible, en el número inmediato le satisfaremos.